

Se dice, con aparente seguridad, que el hombre prefiere una muerte súbita, imprevista, inesperada, brutal. No puede ser verdad. Se dice por decir. Sin pensar.

¿Cómo si no se puede entender que personas, voy a calificarlas de normales, que quieren y son queridas, no reparen en que puedan dejar de sentir el cariño, en muchos casos inmenso de familiares, amigos, compañeros y ciudadanos anónimos, que le conocen por sus costumbres, sus maneras, su estilo elegante de entender la vida?

¿Y cómo no pensar el estado de pena, desolación, dolor en que dejarán a todas esas personas?

Su bondad, su compañerismo, su amor familiar, su trabajo fructífero, su desprendimiento, hacen imposible el aserto inicial.

Esto es lo que nos pasa a nosotros y lo que sin duda piensa él, porque tengo la seguridad que desde el más Allá Antonio lo hace, nuestro buen amigo que un día nos dejó de manera súbita, imprevista, inesperada y brutal.

Con estas palabras y las que me salieron del alma, a las pocas horas de morir, quiero contribuir al libro homenaje que sus amigos, acertado título "Liber amicorum", entre los que me honro, van a elaborar, coordinado por su gran amigo y compañero Ángel Marcos de Dios, al que le doy las gracias. Éste fue y es mi emocionado y sincero recuerdo.

*A la muerte de Antonio López Eire*

Que cuando tu mujer, nuestra querida Maíta, ponga en manos de tu nieto el libro que escrito por ti, naturalmente, pensabas tú

ofrecerle, según tus propias palabras en el sexto Ciclo Cultural del Colegio, sepa ya ese niño, quién era su abuelo, aunque la empresa no sea fácil ni aun para ella, ahora envuelta en su mayor pena y dolorida el alma.

Tu bagaje cultural, querido Antonio, es tan amplio que sólo un intelectual de tu categoría es capaz de trascender a todos los niveles académicos nacionales e internacionales.

Como los genios que mueren jóvenes así destacará tu vasta obra, que siempre estará presente en nuestro recuerdo, envuelta en ese sentido de la colaboración más desprendida que siempre mostrabas cuando cualquiera te pedía tu apoyo.

Desde tu cátedra, con compañeros y estudiantes a los que dirigías sus tesis y que también ahora se verán huérfanos, hasta la Universidad; en nuestro recuerdo el último discurso sobre “*Santo Tomás de Aquino, viajero*”, inolvidable, genial. Tus traducciones mundialmente reconocidas. Tus colaboraciones fueron innumerables, y en lo que a mí particularmente respecta (y que en nombre de todos los colegiados te agradecí, te agradezco y te agradeceré siempre) fueron magistrales tus conferencias en los Ciclos Culturales de nuestro Colegio, en los que sólo o en colaboración con figuras, como tu compañera Ana, Olegario o Colinas, el último año, has elevado a la categoría de obras maestras.

Todo tu saber sobre la base de nuestra cultura helénica, donde el “*Mito, ritual y poesía*” eran en tus manos fuente que derramabas con tu cálido verbo sobre un sorprendido, embelesado público, que veía cómo sin papeles, con un breve guión en un pequeño apunte, eras capaz de demostrar tus teorías con “*el mágico poder de la palabra*”, con el que además nos hacías entender el valor de la amistad que frecuentaste y entregabas a manos llenas a todos cuantos te hemos conocido y que en tu nombre devolveremos en las personas de tu mujer, tus hijos y tu nietecito. Así trataremos de seguir cerca de ti.

Adiós, Antonio, un abrazo.

*Manuel Gómez Benito*